

EL NERVION, EN ROJO Y BLANCO



De Andrés: «Se me ha hecho un nudo en la garganta al pasar Portugalete»

Noriega: «Ya no es sólo la afición del Atlético; es el pueblo vasco entero»

Iríbar: «Esto es tema para un estudio sociológico»

te y De Andrés se marcaban una «raspa», tras la que terminaban saltando en corro con Urquiza, Patxi y Julio Salinas, «Pizo» Gómez..., incansables; verdaderamente incansables los chicos de Clemente.

Endika: «Más de lo que imaginaba»

La temperatura, tanto meteorológica como ambiental, fue subiendo en la gabarra a medida que ésta se aproximaba a Bilbao. Hubo unos momentos de relativa calma, hasta que la ría se estrechó. Era entonces cuando nos decía De Andrés que «al pasar por Portugalete se me ha hecho un nudo en la garganta y casi no podía hablar. Me he emocionado.» Le recordamos los Sanfermines al centrocampista navarro, pero nos confesó: «Aquello también es la pera, pero esto es mucho más.»

Endika, el autor material del gol al Barcelona en la final de Copa, se había perdido el recibimiento del año pasado: «Estaba en la mili y no pude estar aquí. Creía que era algo grandioso, pero es mucho más de lo que yo imaginaba. Cuando metí el gol no sabía lo que significaba, ahora sé que significa la alegría de todo un pueblo», nos dijo Endika mientras seguía con los brazos en alto, saludando a la afición: «No, no me duele los brazos; no me pueden doler, porque de la forma que animan siempre al Atlético y según lo están haciendo ahora, se lo merecen todos.»

A Noriega le preguntamos si habían valido la pena los sufrimientos a lo largo de la temporada: «Ya lo creo que sí. Aunque yo diría que deporti-

vamente no hemos sufrido tanto; se ha sufrido también porque en muchos campos se han metido con nosotros, pero por estar ahora aquí, creo que todo lo que hayamos sufrido valía la pena. Es impresionante. Esto sólo se puede ver aquí. Ya no es sólo la afición del Atlético, es el pueblo vasco.»

Temperatura a tope

Tras cruzar bajo el puente del Ayuntamiento, fue el «summum». Artenetxe no tenía palabras para describirlo: «Ver a nuestro pueblo unido de esta forma, pienso que es algo que no se puede explicar con palabras»;

Para Iríbar, «todo esto es producto de los que rodea al Atlético; es indescriptible. Yo creo que es tema de un profundo estudio sociológico. Me encuentro sin palabras para poder expresar lo que es esto».

Con los jugadores ya fue imposible hablar de nada. La temperatura había alcanzado su grado álgido, estaba a tope. Vizcaya entera se había volcado con el Atlético a orillas del Nervión, y los «leones» vibraban con la gente, estaban emocionados, entregados como se entregaron en Valencia, en San Mamés contra la Real o en el Bernabéu contra el Barcelona. El ruido era ensordecedor. Toda la plantilla se había colocado en la punta de la gabarra y cantaban al unísono el «Campeones, campeones, oé, oé oé», pero los gritos del pueblo eran más fuertes. Desde el Ayuntamiento a San Antón, no cabía un ápice ni en los puentes ni en las márgenes de la ría. La mujeres tiraban efusivos besos a Clemente y sus chicos. Estaban llenas hasta las terrazas de los edifi-

Vizcaya entera estaba ayer en la ría. Tensa, entusiasmada, vibrando alunisono con la melodía de los alirones que repetían en el txistu su agridulce alfabeto.

Era como un canto de amor a orillas del Nervión, como una latitud de sangre y nieve avanzando con fuerza hacia las piedras venerables de San Antón, clave germinal de nuestro civismo y nuestra idiosincrasia.

Era un continuo sonar de sirenas atravesando los pequeños infinitos de nuestras montañas mientras transmigraban las gaviotas y estallaban los cohetes sobre las cabezas de miles de personas revestidas de los dos colores fundamentales que desde la Cruz de San Andrés pasaron a ser simbolo y bandera de la villa y sus barcos.

Allí estaba toda Vizcaya: la oficina, la fábrica, la tienda, el hierro y el arado.

La curva de una quilla de antaño trasladó carbón y mineral de hierro, ayer se convirtió en altar donde unos mozos de la tierra y sus rectores firmaban la dedicatoria de una primavera doblemente bilbaína.

Estaban todos. Los futbolistas y sus seguidores, el deporte y el pueblo, la luz del ayer triunfante y del mañana esperanzado. Sobre las tablas restauradas de la gabarra se imponía la catarsis, el fuego depurador, la espuma y el olvido.

Hemos desmesurado un tanto la realidad de un deporte –el fútbol– y los gestos extemporáneos de algún que otro mercenario iracundo que no puede conocer ni orgullos regionales, ni romanticismos deportivos, ni amor a unos colores.

Pero no. Es hora de que pasemos por alto desmanes y tonterías. Aquí lo que queremos decir es que Vizcaya entera estaba ayer en la ría, revestida de feria y ceremonia, sólo para un canto de amor y de esperanza, de esfuerzo y de futuro.

Aún diremos más: se empezó el itinerario en el muelle de Las Arenas, justo frente a la casa donde vivió feliz el más grande poeta de Cataluña, el incommensurable Juan Maravall que vino a nuestra tierra a confirmar la limpidez de su alma mirándose en los ojos de una dama, al par que se sentía engranaje de nuestro hacer faustico y tenaz, lúdico y amoroso.

En eso tenemos que insistir. En la limpidez de una tierra hermana –Cataluña– nacida como nuestra tierra del esfuerzo y la quimera, la honradez y la devoción a las cosas del propio terreno.

El fútbol dejaría de ser un deporte respetable en el



Ahí tienen a los supercampeones, posando en la gabarra, tras finalizar una alegre biribilketa.



Clemente fue manteado por sus jugadores pocos minutos después de embarcar en la gabarra.

CLAMOR SIN RENCIOS

Manuel Llano Gorostiza

Vizcaya entera estaba ayer en la ría. Tensa, entusiasmada, vibrando alunisono con la melodía de los alirones que repetían en el txistu su agridulce alfabeto. Era como un canto de amor a orillas del Nervión, como una latitud de sangre y nieve avanzando con fuerza hacia las piedras venerables de San Antón, clave germinal de nuestro civismo y nuestra idiosincrasia.

Era un continuo sonar de sirenas atravesando los pequeños infinitos de nuestras montañas mientras transmigraban las gaviotas y estallaban los cohetes sobre las cabezas de miles de personas revestidas de los dos colores fundamentales que desde la Cruz de San Andrés pasaron a ser simbolo y bandera de la villa y sus barcos. Allí estaba toda Vizcaya: la oficina, la fábrica, la tienda, el hierro y el arado.

La curva de una quilla de antaño trasladó carbón y mineral de hierro, ayer se convirtió en altar donde unos mozos de la tierra y sus rectores firmaban la dedicatoria de una primavera doblemente bilbaína.

Estaban todos. Los futbolistas y sus seguidores, el deporte y el pueblo, la luz del ayer triunfante y del mañana esperanzado. Sobre las tablas restauradas de la gabarra se imponía la catarsis, el fuego depurador, la espuma y el olvido.

Hemos desmesurado un tanto la realidad de un deporte –el fútbol– y los gestos extemporáneos de algún que otro mercenario iracundo que no puede conocer ni orgullos regionales, ni romanticismos deportivos, ni amor a unos colores.

Pero no. Es hora de que pasemos por alto desmanes y tonterías. Aquí lo que queremos decir es que Vizcaya entera estaba ayer en la ría, revestida de feria y ceremonia, sólo para un canto de amor y de esperanza, de esfuerzo y de futuro.

Aún diremos más: se empezó el itinerario en el muelle de Las Arenas, justo frente a la casa donde vivió feliz el más grande poeta de Cataluña, el incommensurable Juan Maravall que vino a nuestra tierra a confirmar la limpidez de su alma mirándose en los ojos de una dama, al par que se sentía engranaje de nuestro hacer faustico y tenaz, lúdico y amoroso.

En eso tenemos que insistir. En la limpidez de una tierra hermana –Cataluña– nacida como nuestra tierra del esfuerzo y la quimera, la honradez y la devoción a las cosas del propio terreno.

El fútbol dejaría de ser un deporte respetable en el



La gabarra rojiblanca a su paso por el puente del Ayuntamiento.